
LA IZQUIERDA Y EUROPA

Lluís María de Puig



3

Es un hecho cierto que existe hoy un proceso político decisivo en torno a la cuestión de la unidad europea. La cumbre de Milán, sus decisiones y sus contradicciones ponen de manifiesto que el asunto no va a ser fácil. El proyecto del Parlamento Europeo, el llamado *Proyecto Spinelli*, parece que se considera excesivo a pesar de sus limitaciones evidentes. Podemos intuir que la vía de salida de la actual situación será poner en marcha la propuesta Delors, es decir, una mini-reforma de las actuales instituciones comunitarias a ratificar por quien quiera de suerte que se consolide la idea de la Europa «a dos velocidades», aceptando que la auténtica y definitiva institucionalización de la unidad europea exige una estrategia a medio plazo.

Este ha sido el comportamiento de los estados, de los gobiernos. Aunque en general la izquierda europea ha apoyado los esfuerzos de Italia para conseguir un acuer-

do en sentido positivo, no se puede elucubrar sobre la base de una dialéctica derecha-izquierda en este caso; baste recordar que uno de los gobiernos que ha impug-

nado es el griego de Papandreu, y que gobiernos conservadores como el alemán, el belga o el holandés se han mostrado favorables a la unidad europea. No, el proyecto europeo de futuro no es sólo un tema de la izquierda. Pero existe una idea del futuro europeo en común que es la de la izquierda. Es a esa idea a lo que nos vamos a referir.

El proyecto europeo de la izquierda

Para el conjunto de la izquierda democrática europea el proyecto de unidad se concibe como un instrumento de emancipación, es decir, como un paso útil y necesario para la libertad de los hombres y los pueblos. Desde una óptica socialista o de izquierda la unidad europea no tiene sentido si no ha de ser agente de avances hacia la libertad y la igualdad. La construcción de Europa no es un fin en sí mismo y su fundamental justificación es que puede ser un medio para que los europeos tengan un futuro mejor. Europa convertida en un bloque militar beligerante, o en metrópoli de un Tercer Mundo hambriento y explotado, o dirigida por los grandes intereses económicos monopolísticos; una Europa que ejerciera control represivo de sus ciudadanos, que estableciera una centralización del poder que ignorara las diversidades culturales de sus pueblos; una Europa así, o semejante, aunque hubiera realizado su unidad, no sería la Europa por la que ha luchado y lucha la izquierda. Esta piensa en una Europa que pueda llegar al punto más alto posible de cultura, desarrollo social e igualdad en libertad y democracia. Y no somos pocos los que creemos que el viejo objetivo del socialismo —mayor bienestar, profundización de la democracia y reducción de desigualdades—, ante la evidencia de que es imposible realizarlo en un solo país, como en un oasis —la experiencia francesa es una lección a retener—, tiene en la unidad europea un instrumento apropiado y esperanzador. En un mundo con sistemas econó-

**Desde una óptica
socialista la unidad europea
no tiene sentido si no ha de ser
agente hacia la libertad
e igualdad.**

micos, tecnológicos e informativos absolutamente universalizados no es posible, en solitario, prescindir de la coyuntura exterior, que cada vez es más condicionante.

De aquí que, frente a los desafíos científicos, industriales, comerciales, sociales y culturales de nuestro futuro inmediato, desde la izquierda europea se tienda a considerar que la unidad es inaplazable y que no hay esperanza para los estados europeos si no son capaces de llevar a cabo una política común.

Estos planteamientos se compadecen a la perfección con uno de los elementos básicos del pensamiento socialista y de izquierda: el internacionalismo. La idea de que a través de la unidad de acción de los trabajadores y del conjunto de las clases populares organizadas a niveles supranacionales es como será posible la emancipación contra los sectores dominantes, encuentra en el proyecto europeo una fórmula válida, que no excluye el universalismo y que lo entiende como un peldaño más del internacionalismo solidario de siempre.

Así pues, desde hace años la izquierda ha defendido la construcción del marco político europeo, con estructuras dinámicas de carácter supra-estatal, más o menos federales, que haga posible un auténtico devenir en común al mismo tiempo que posibilite una armónica y justa mejora de las condiciones de vida de sus ciudadanos, y que a su vez se convierta en un organismo internacional absolutamente decisivo en el ámbito de la geopolítica.

En este sentido puede decirse que, a tenor de las acciones llevadas a cabo en los últimos años por los distintos sectores de la izquierda y los fundamentos ideológicos que las han sustentado, existe un proyecto para Europa, inequívocamente progresista, cuyas principales características son las siguientes:

— Voluntad de asegurar la paz en Europa y de hacer de ésta un activísimo agente

de paz en el mundo, de la desaparición de conflictos bélicos y de la reducción de la tensión entre las superpotencias, en la perspectiva de la desaparición de los bloques, del avance hacia el desarme y la distensión, contemplando la posibilidad de que la actual Europa democrática unida tenga su propio sistema defensivo de seguridad.

— Voluntad de defender los derechos del hombre, el sistema democrático pluralista, las libertades y su profundización, con todas las garantías jurídicas e institucionales, utilizando las potencialidades europeas para expandir la democracia en el mundo, ayudando a los movimientos anti-autoritarios y creando condiciones para la implantación de las libertades donde no las haya.

— Voluntad de desarrollo de la cultura y la educación, en un sentido de máximas oportunidades para todos, de fomento de la libertad y la creatividad, de respeto a las culturas, lenguas y mentalidades, de promoción de la ciencia y la inteligencia, siempre al servicio del progreso y de la humanidad.

— Voluntad de hacer de la economía un factor de progreso no sólo en tanto que crecimiento sino en tanto que bienestar para nuestros pueblos, avanzando en estrategias económicas que eliminen las explotaciones y resuelvan los problemas de los más débiles: los trabajadores.

— Voluntad de promover la justicia social con políticas profundas contra las desigualdades, reduciendo cada vez más la distancia que separa a los desposeídos de los que poseen, cubriendo con dignidad las necesidades mínimas que exige nuestro tiempo.

— Voluntad de hacer de Europa un instrumento de ayuda al desarrollo del Tercer Mundo, rescatándolo del hambre, la miseria y la ignorancia, intensificando la solidaridad política y económica contra

la dialéctica Norte-Sur que lo explota, colaborando en el desarrollo de cada país a fin de que puedan emerger sus posibilidades económicas, humanas y culturales.

Estos grandes principios son los que conforman el bagaje programático del conjunto de la izquierda europea, si bien con los matices y peculiaridades que corresponden a la especificidad de cada grupo político concreto —comunistas, socialistas, radicales, ecologistas, liberales de izquierda, republicanos, laicos...—, en lo que constituye su *proyecto europeo*, un proyecto que se ha gestado a lo largo de muchos lustros con los vaivenes de cada coyuntura histórica. En realidad el europeísmo progresista de nuestros días tiene una tradición que viene de lejos.

Una constante histórica indiscutible

No creo que pueda cuestionarse que el pensamiento de izquierda, históricamente, va vinculado a la formulación de proyectos europeos e incluso en la vanguardia del movimiento. Echemos un somero vistazo al pasado.

Para no remontarnos más recordemos a J. J. Rousseau, manifestándose minuciosamente partidario de una «República Europea» de tipo federativo. Y a Montesquieu, que postuló también en favor de un régimen federado de Europa. Y a Voltaire, que consideraba a los europeos como miembros de una misma comunidad. Y Bentham, quien, con una propuesta pragmática, une la idea de Europa a la de «la paz universal y perpetua». Creo que se trataba de gente progresista en su tiempo.

Lo mismo que poetas como Lamartine

La izquierda piensa en una Europa que pueda llegar al punto más alto posible de cultura, desarrollo social e igualdad en libertad y democracia.

o Hugo, que manifestaron su europeísmo entusiasta. O los reformistas del XIX que se declaraban partidarios de la unidad europea y discutían sobre la fórmula fe-

deral o confederal. El italiano Cattaneo, el escocés Loriner, el suizo Buntschli y el prusiano Frantz son sus exponentes más notorios junto a un personaje extraordinario, Giuseppe Mazzini, que en 1834 creó la organización «Joven Europa». El padre de Italia fue también un propagandista europeo.

Los socialistas del ochocientos serán los más ardientes europeístas. Imposible nombrarlos a todos. Para citar a los conocidos, recordemos que Saint-Simon escribió una «Constitución Europea» y que, con su discípulo Thierry, publicó un ensayo sobre la reorganización de la sociedad europea. August Comte, que propuso a su vez un proyecto de «República Occidental». Fourier, defensor de un «Triunvirato Continental». Buchez, Considerant y Pecqueur se manifiestan militantes de la causa europea aunque unos se muestren unitaristas y otros federales.

Sin duda, la aportación más sólida desde el punto de vista de la construcción de una teoría de la unidad europea en el siglo pasado se debe a Proudhon, padre de la idea moderna del federalismo y socialista famoso, que entendía la construcción de la Europa federal ligada directamente a la política humanista que, según él, el mundo necesitaba.

Durante la etapa más universalmente internacionalista, la época de la Internacional, aún dominando la idea de la transformación revolucionaria del mundo entero se contempló el proyecto europeo como una etapa más del proceso. En este punto hay que señalar que el conjunto de la izquierda ha sido protagonista de no pocas contradicciones y divisiones también en esta materia. El internacionalismo ha tenido un matiz u otro según la coyuntura histórica y los presupuestos ideológicos de cada sector: marxistas y anarquistas, liberales de izquierda y comunistas, socialistas y socialdemócratas. Casi hasta nuestros días el proyecto europeo, desde la

segunda mitad del XIX, ha estado marcado por las diferencias. Arfé y Napolitano han hablado de los «dos internacionalismos equivocados» fruto de la división del 23, pero seguramente existió ya mucho antes la separación, el germen de la separación. Si se me permite una nota tangencial diré que, en lo que determinada teoría llama el «campo socialista» —al fin y al cabo sinónimo de izquierda—, lo grave no ha sido la «evolución», la tendencia a la «realpolitik», sino la división de la izquierda europea. El tema es vasto y no entraré en él; tan sólo afirmaré que posiblemente la humanidad sería distinta —mejor— sin la escisión leninista y lo que representó.

Al producirse el drama de la Gran Guerra aparece de nuevo, con fuerza, la conciencia europea de la izquierda. De 1870 a 1914 la pujanza de los estados había vetado todo paso unitarista. A partir del

**El pensamiento de izquierda
va vinculado a la formulación
de proyectos europeos
e incluso en la vanguardia
del movimiento.**

conflicto los socialistas franceses se convierten en los abanderados del proyecto. Aristide Briand será el famoso portavoz de aquel europeísmo federalista. El eco de su discurso perdurará a través de movimientos diversos hasta la víspera de la segunda guerra mundial. Esta, en gran parte una guerra europea, puso nuevamente de manifiesto la urgencia de crear organizaciones internacionales de cooperación que evitaran toda posibilidad de nuevos enfrentamientos. La izquierda estuvo presente en la construcción del nuevo proyecto al que se iban sumando sectores liberales y aún conservadores. Un grupo de federalistas proudhonianos crearon en agosto de 1946 la «Federal Union» que acabó organizándose como «Unión Europea Federalista» ese mismo año en París. En Londres, en 1947, varias personalidades socialistas crean el «Comité Internacional de Estudios y de Acción para los Estados Unidos de Europa», y en Montreux se ponía en marcha la «Unión Europea de Federalistas», en la que más tarde militaría Altiero Spinelli. Un año después

se creaba el «Movimiento Europeo», que ha mantenido sus actividades hasta nuestros días, animado básicamente por hombres de izquierda, militantes en su mayoría de la «gauche européenne» que, como su nombre indica, ha venido promoviendo una idea de Europa desde una óptica de izquierda. Estas dos últimas organizaciones fueron creadas por los Riflé, Spaak, Phillips, Zagari y el activista catalán Enric A. Gironella, para citar algunos.

En realidad, después del cuarenta y cinco las más prestigiosas figuras de la izquierda europea han abogado en favor de cuantos avances se han producido: Consejo de Europa, CECA, CEE y sus ampliaciones. De Leon Blum a Willy Brandt, de Berlinguer a Palme, de Mitterrand a Pertini, los máximos líderes de la izquierda han contribuido y contribuyen hoy a la construcción de la nueva Europa. Viene de lejos, pues, la idea progresista de la unidad europea.

La evolución de la izquierda

La tendencia de la izquierda democrática europea ha sido, durante los últimos cuarenta años, buscar una vía al socialismo que fuera intermedia entre el comunismo soviético y el capitalismo americano. Ha sido la gran obsesión de una izquierda que ha proclamado desde los años cincuenta que Europa podía convertirse en una tercera fuerza en la política mundial que asegurara el equilibrio entre los dos bloques. Pero hasta hoy tal deseo no ha sido posible. Por una parte las democracias liberales se han sentido más identificadas con Norteamérica que con Rusia. Y, por otra, las armas nucleares, su coste y su valor estratégico han llevado a los países europeos occidentales a aceptar, más o menos resignadamente, niveles de cooperación con Estados Unidos en materia de defensa. La OTAN es el ejemplo más evidente. Y puesto que se ha acrecentado el

control económico de la industria europea por parte del capital americano y japonés, como resultado de la complejidad y el encarecimiento de la organización tecnológica en expansión, los estados europeos han ido decantándose abiertamente, animados, además, por un apasionado anti-comunismo. Se fue desdibujando así la opción europea propia.

Desde la izquierda se ha intentado y se intenta aligerar esta situación grave que puede conducirnos a una dependencia definitiva de las grandes potencias tecnológicas. De aquí que, en el actual estado de cosas, la unidad europea, la creación de un Estado de estados, contiene como proyecto un componente revolucionario no negligible. Defender la independencia de Europa a todos los niveles significa dar un vuelco al actual estado de tutela por parte de EE.UU., que nos puede permitir luchar contra la perduración de un sistema económico y social que la izquierda pretende transformar y que hoy aparece ante nuestros ojos en su estado más sofisticado y salvaje (y esto no es una contradicción).

Claro que no se trata de producir grandes oleadas revolucionarias, ni procesos traumáticos. Los antiguos partidos socialdemócratas revolucionarios se han convertido en pragmáticos y reformistas. Su acción de gobierno se ha orientado hacia programas políticos factibles y no hacia la aplicación rígida de la ideología. Y este cambio dio buenos resultados a los socialistas que han conseguido el apoyo de amplios sectores populares europeos. Los comunistas inclusive han abandonado su rigidez interna y han aparecido ante la opinión pública como partidos no leninistas, partidarios del sistema democrático, alejados de Moscú, devotos del parlamen-

La tendencia de la izquierda democrática europea ha sido buscar una vía al socialismo intermedia entre el comunismo soviético y el capitalismo americano.

tarismo y entusiasmados en coadyuvar a la eficacia de la administración local más o menos napoleónica. El paradigma es el PCI, pero tiene seguidores, salvo las ex-

cepciones minoritarias de los partidos pro-soviéticos o el PC portugués. La verdad es que uno se pregunta, aparte de los rasgos de hábitos y conductas anteriores, si

La izquierda democrática europea ha sido capaz de promover avances sociales como jamás se había conseguido en la historia.

«au visage humain», ha tenido y tiene su paralelismo en la Europa oriental, en los intentos de una vía «diferente» al socialismo que se han gestado en Yugoslavia,

no estamos ya ante simples partidos socialistas. Desaparecieron los principios sagrados como partido de vanguardia, centralismo democrático, dictadura del proletariado, plan quinquenal, socialización de los medios de producción... Incluso la revolución se convirtió en «revolución de la mayoría» y el comunismo en «eurocomunismo».

Creo que esta evolución no ha ido mal. En el mundo de las democracias, las pocas que existen —hay que retener esta realidad: no llegan a 40 las democracias entre los 160 y pico de estados que componen la ONU—, veinte de ellas son europeas. La izquierda en el gobierno o en la oposición ha luchado mucho más para que fuera así. Y esta misma izquierda ha creado y ha contribuido a crear el Estado de bienestar en Alemania, Suecia, Noruega, Dinamarca, Austria e Inglaterra. Una izquierda fundamentalmente socialista que hoy está llevando a cabo importantes transformaciones en Portugal, Francia, España, Grecia e Italia desde el gobierno. Me parece que se puede afirmar que la izquierda democrática europea ha sido capaz de promover avances sociales como jamás se había conseguido en la historia.

A pesar de ello, de su actual fuerza extraordinaria en los poderes públicos, la izquierda analiza con preocupación los actuales problemas y busca desesperadamente vías de solución para los nuevos desafíos, para lo cual se perfila imprescindible una acción comunitaria a nivel europeo.

No hay que olvidar, por otro lado, que el esfuerzo de la izquierda de la Europa occidental de hacer del viejo continente una experiencia de un nuevo socialismo

en Polonia, en Checoslovaquia, en Hungría, hechos éstos que si bien hemos de valorar con gran prudencia no es menos cierto que nos acercan a la idea originaria de la Europa total y nos aproximan a un internacionalismo que, a veces, nos ha parecido definitivamente borrado por el muro que consolidó Yalta. Aunque hay que tener en cuenta que el tiempo no ha pasado en vano; el desarrollo en el Este ha sido substancialmente distinto al nuestro. En el campo institucional, del aumento del comercio, del diálogo político, de la información y de los contactos académicos, el acercamiento es aún muy precario. En todo caso es una idea de la izquierda, que no debe ni puede abandonarse, que el proyecto europeo ha de ser herramienta de promoción de movimientos de signo liberador en los países comunistas para hacer posible un día, por lejano que sea, la unidad de toda Europa.

Las crisis actuales y el debate de la izquierda

Vivimos una formidable crisis, es un hecho. Una crisis no sólo económica sino estructural, una crisis de sociedad. Estamos ante una mutación profunda en las formas y distribución de la vida material, el agotamiento de un sistema económico y la aparición de nuevas problemáticas sociales impensables, de generalización de graves peligros —nuclearización, guerra, terrorismo, drogadicción, manipulación ideológica, supertecnología deshumanizada— que nos indican que hemos entrado en una fase de rápido cambio histórico, ante la cual se producen reacciones de egoísmo, de endurecimiento conservador.

La izquierda observa hoy la aparición de feroces proteccionismos estatales, de

insolidaridad entre los países que quieren resolver cada uno a su modo el paro, la inflación, el déficit o el empobrecimiento progresivo. La izquierda observa hoy cómo se produce degradación de la vida social, inseguridad ciudadana, economía sumergida, especulación ilegal, mercado negro, nueva pobreza, delincuencia, hambre, desesperación, racismo, xenofobia..., todo ello consecuencia de las dificultades económicas y especialmente del crecimiento del desempleo.

Y frente a estos males no sirven las viejas recetas. La complejidad y la contundencia de los mismos no dejan apenas margen para escoger entre vías diferentes. La izquierda europea tiene las mismas dificultades —o más— que la derecha en el combate contra el paro, la inflación o la subida del dólar. El modelo del Estado de bienestar no parece adecuado ante los retos del futuro. Los conceptos «trabajo», «salario», «ocio», no son lo que fueron. Estamos en un cambio de sociedad.

Como crisis de cultura, de cultura en general y de cultura política, la izquierda tiene enormes dificultades para encontrar salidas llamativas o mensajes sugestivos

para los que no tienen trabajo, para los jóvenes, para los obreros, para los profesionales, para los intelectuales, para el hombre alienado e incomunicado en medio de un mar de medios comunicativos. El esfuerzo que se precisa para adecuar, hoy, los objetivos finalistas de la izquierda a las posibilidades reales de resolver los problemas más concretos al mismo tiempo que gestiona eficazmente los asuntos públicos y crea bienestar —que es lo que la gente quiere—, en el centro de una crisis, no es fácil.

Hay una reflexión y un debate en la izquierda europea que intenta plantearse la situación con rigor y trata de hallar la síntesis entre los imperativos del día a día y la voluntad de avanzar en una dirección progresiva. Este debate está demostrando,

creo, que es necesario replantearse muchas cosas. Desde los modelos económicos a impulsar hasta el papel del Estado, pasando por el rol que han de jugar en el futuro las organizaciones clásicas de la izquierda, los partidos y los sindicatos. No se trata tanto de metafísica como de ir al grano. No cabe interrogarse sobre qué es la izquierda, sino de definir qué política debe practicar y cómo.

Entre las aportaciones de los últimos tiempos me parece relevante el ensayo del historiador Braudel, que concluye su investigación sobre el capitalismo afirmando que mercado y capitalismo no son una simbiosis indisoluble. Me parece destacable, asimismo, la opinión de Leontieff, que nos habla de nuevas fórmulas de reparto del trabajo y de orientaciones económicas alternativas a la ley de la selva que propugna la dichosa escuela de Chicago. O la reflexión de Giorgio Ruffolo en una visión progresista del liberalismo económico. (Por cierto, ¿por qué se habla

más de la interpretación liberal del socialismo que de la interpretación socialista del liberalismo?). Me parece también interesante la llamada de atención de Régis Debray que nos

alerta sobre la decadencia de Europa ahogada por los imperios, los dos imperios. Y el diálogo entre PCI y SPD, acercando posiciones. Y creo que es particularmente importante seguir la reflexión de Rocard sobre la política de Mitterrand con Mauroy y con Fabius. De la evolución del socialismo francés en el gobierno hay mucho que aprender.

Interesantísima es la polémica suscitada por el socialista italiano Gaetano Arfé en *Rinascita* sobre el futuro de Europa y el papel de la izquierda, que se ha visto enriquecida con la participación de destacados políticos italianos de izquierda como Giolliti, Zagari, Napolitano y Lama, entre otros. Y qué decir de la discusión, planteada hoy al más alto nivel, sobre la reforma de las instituciones de la CEE a partir del proyecto Spinelli aprobado por el Parlamento europeo.

Se precisa un esfuerzo histórico para adecuar los objetivos finalistas de la izquierda a las posibilidades reales de resolver los problemas más concretos y acuciantes.

De este debate de la izquierda europea retengo dos ideas centrales: se hace imprescindible la unidad de Europa y es necesario llevar a cabo políticas reformistas, *de transformación posible*.

La política de izquierdas que no se puede implantar no es de izquierdas, es la entelequia escrita en el papel.

estructuras económicas, sociales y políticas del sistema. No es de extrañar, así, que vaya dándose al concepto de libertad un sentido reaccionario y clasista, que reaparezca el fascismo —¡más del 10 % de los franceses votan a Le Pen!— e incluso que avance el racismo.

Construir Europa y el socialismo no utópico

La izquierda europea no está sola. He ahí un tremendo obstáculo. Tiene frente a sí, contra sus afanes, la ofensiva permanente de la derecha conservadora y reaccionaria que controla importantes ámbitos de la sociedad y tiene un considerable soporte social. Además, la crisis económica ha degradado aún más a esa derecha y ha endurecido su política hasta la aparición del reaccionarismo más brutal, insolidario, individualista.

Se trata, pues, de ofrecer alternativas al sistema de desigualdad que defiende el liberalismo conservador. Se trata de oponerse a la ley del más fuerte, a la selección social, a la competitividad como forma de cultura que desean imponer los partidos «burgueses» o «azules». Que más primariamente o con más sutileza defienden Reagan, Thatcher, Barre, Khol, Fraga, Garrigues, Pujol, Ardanza o Roca, para citar lejanos y próximos. Son los que hablan de la privatización de los negocios públicos, los que proclaman que hay que dejarlo todo a manos del «libre mercado», son los que afirman «necesitamos más ricos», son los del despido libre, los del poder económico de siempre, estadistas hasta la médula cuando gobiernan y casi ácratas cuando están en la oposición.

Ante la actual crisis la derecha ha optado por sacrificar incluso su tradicional sentido del orden y de la moral para adoptar una permisividad individual infinita, materialista, despojada de toda ética e ideología, con tal de que no varíen las es-

La perduración de estas políticas y su incidencia, según se analiza desde la izquierda, puede generar tal escepticismo e incredulidad en las instituciones sociales y políticas que exista un auténtico peligro para el mismo sistema democrático. Lo cierto es que si no se resuelven los problemas de base generados por la crisis y las políticas reaccionarias estaremos más cerca de una involución autoritaria que de cualquier posibilidad emancipadora.

¿Qué hacer? La esperanza está en el proyecto europeo. El problema económico exige una acción comunitaria, una cooperación total entre los estados europeos hasta llegar a una verdadera independencia de EE.UU. y el establecimiento de una política financiera y monetaria propia. Que Europa sea la locomotora de sí misma. Hay que realizar una política valiente, imaginativa, nueva, quizá revolucionaria, que introduzca cambios profundos en el sistema de producción y de trabajo. Habremos de cambiar los hábitos laborales y sociales. No olvidemos que hay desempleo por crisis industrial, pero también por avance tecnológico. Enfrentarse a estas necesidades con algunas posibilidades de éxito debe ser por encima de los estados, con una organización comunitaria que permita políticas coordinadas y comunes, firmes y sostenidas.

Y hay que promover políticas de paz, de distensión entre los pueblos. Lo que no quiere decir políticas del lirismo geoestratégico ni neutralismo bucólico; por ejemplo: construir un sistema defensivo europeo. Es preciso, asimismo, combinar el avance económico y tecnológico con las

mejoras sociales, haciendo del crecimiento un instrumento de reparto de bienestar en una dirección cada vez más igualitaria. Y es necesario oponer al materialismo azul proyectos educativos y culturales que formen a los ciudadanos y sean un freno a la degradación y disgregación de la sociedad democrática, combatiendo la hipocresía social y el autoritarismo en todas sus formas.

Para acercar la cultura de vanguardia a la cultura popular y potenciar la multiplicidad de formas de expresión cultural es seguramente imprescindible que la izquierda renueve cuanto ha quedado desfasado de sus planteamientos y cultura política. Y para ayudar a reencontrar una línea de acción que conecte con las aspiraciones del pueblo la izquierda clásica debe integrar contenidos de movimientos como ecologismo, feminismo, pacifismo, corrientes juveniles, etc., que son fruto de necesidades sociales de nuestros días.

No será fácil construir este socialismo posible, no utópico. Llevar a cabo estas políticas de progreso y al mismo tiempo que las cuentas salgan, que las magnitudes macroeconómicas cuadren, baje la cifra de parados, no aumente la inflación ni el déficit. Y todo esto y lo demás realizarlo sin perder el apoyo de los ciudadanos, puesto que si una experiencia de gobierno de izquierda no dura varias legislaturas no se habrá pasado del testimonialismo.

A veces hay críticas que se suponen desde la izquierda reclamando menos realismo y más transformación. Cuidado; exijamos siempre lo posible. En el 68 se dijo: «seamos realistas, pidamos lo imposible». De aquella mal llamada revolución nunca más se supo. La política es el arte de lo posible. Lo contrario del arte de lo imposible. La política de izquierdas que no se puede implantar no es de izquierdas, es la entelequia escrita en el papel. A veces quizá es un engaño. El socialismo puro es una ilusión legítima, honesta. Pero luego están los hombres y las clases, y los sistemas y mentalidades, y las complejidades y las contradicciones. Seamos revolucionarios, exijamos lo posible.

Conclusión: en el seno de la izquierda europea va avanzando la convicción de que para dar salida a los grandes problemas planteados y poner sobre las profecías catastrofistas un punto de optimismo hay que hacerlo a nivel supra-estatal. Es necesario el instrumento político que ponga en marcha estos proyectos comunes. Europa puede hacer uso todavía de sus grandes recursos materiales e intelectuales. Tiene una posición geográfica, una riqueza, una inventiva y una capacidad que movilizadas comunitariamente pueden devolverle su papel de avanzadilla del mundo. El viejo hogar de las luces puede ofrecer aún a la humanidad un proyecto de progreso y tolerancia. La izquierda tiene que conseguir que sea así.